

un crimen el más enorme de todos. Tú no eras solamente un hombre, eras un pastor de hombres. Tenías la guarda de tu rebaño. Tú la abandonaste, tú eres responsable. Con tu ejemplo, se hubiera hecho bien. Imitándote á ti se ha hecho el mal. De la misma manera que las consecuencias de tus faltas se multiplican y se extienden hasta el infinito, de la misma manera deberán multiplicarse y extenderse las penas de tu expiación. Desde este momento dan principio para ti. Sufre la suerte que tu te has buscado.

un crimen el más enorme de todos. Tú no eras solamente un hombre, eras un pastor de hombres. Tenías la guarda de tu rebaño. Tú la abandonaste, tú eres responsable. Con tu ejemplo, se hubiera hecho bien. Imitándote á ti se ha hecho el mal. De la misma manera que las consecuencias de tus faltas se multiplican y se extienden hasta el infinito, de la misma manera deberán multiplicarse y extenderse las penas de tu expiación. Desde este momento dan principio para ti. Sufre la suerte que tu te has buscado.

XIX.
DE CÓMO NO PUEDE CUALQUIERA HACERSE SACERDOTE
CUAL SE HACE ABOGADO Ó ALBAÑIL.

El abate Martin no era lo que se llama un mal sacerdote, no; de otro modo, las buenas lenguas de su parroquia, que no querían guardar fiesta, hubieran divulgado alguna cosa. Por el contrario, no contaban más que alabanzas de su párroco. A Dios gracias, decían ellas, ved ahí uno como todos debieran ser, ni fanático, ni santurron, realizando tranquilamente su mision y dejando á cada uno desempeñar su oficio, sin meterse en lo que no le importa. Dice con regularidad su misa, predica todos los domingos

su sermón, enseña el catecismo á los niños, bautiza, casa y entierra, como debe hacerlo un hombre honrado que está pagado para eso; pero una vez fuera de su Iglesia, buenas noches, ovejas mías..... Deja á todo el mundo en paz, y no pide más que una cosa, que se le deje tranquilo al amor de la lumbre, con su buena y vieja ama, y su no ménos vieja botella de vino. Por eso, el señor alcalde (cosa rara), no reñía jamás con él, el maestro ensalzaba su tolerancia, los taberneros le saludaban humildemente, las parlanchinas interrumpían sus chismes para sonreírle, y la juventud le ensalzaba bailando. ¡Qué lástima para la religión que haya tan pocos como él!

Hé ahí lo que decían del abate Martin sus feligreses afectos, y como no decían nada más, es decir, no añadian á estas alabanzas equivocadas, otros elogios ménos edificantes, deduzco, que el abate Martin no era lo que se llama un mal sacerdote, pero que tampoco era un buen sacerdote.

¿Cómo había llegado á ser sacerdote? Pues poco más ó ménos como se llega á ser albañil, carpintero, herrero, pizarrero, empleado ó comerciante.

Digo casi, porque la carrera de sacerdote le había sido dada por sus padres, como otra cualquiera carrera, para que viviese; pero para que viviese de otro modo, como en la mayor parte de otras carreras, es decir, sin trabajar apénas.

Pues tal era la alta idea que tenía el padre de Martin del estado eclesiástico, cuando despues de haber comparado la cifra de sus economías con la suma de trabajo que le había costado reunir las, se resolvió á emplear una parte de las unas y en economizar las otras para su querido hijo.

—Le haremos sacerdote, mujer, decía él; despues de la carrera de propietario ó de rentista, no hay un oficio que valga tanto como ese. Una vez terminados sus estudios, y estos no duran largo tiempo, tiene hecha su cama para toda su vida. Bien á menudo he sentido no haber pensado en ello poco ántes para mí mismo.

—Me agrada mucho, lo que dices, contestó la mujer.

—¡Ah! repuso él, no estamos ya para decirnos tonterías. Si, lo repito, es una magnífica carrera, y que me hubiera con venido mucho. Pero es demasiado tarde

para pensar en ello, y vuestro hijo es quien se aprovechará de mis sudores y de mis reflexiones.

Bajo esta inspiracion es como Martin, hijo, que respecto á la vocacion de sacerdote no veía más allá que Martin, padre, fué puesto en el Seminario, de donde despues de los estudios, bastantes deslucidos, salió al fin sacerdote.

Para empezar su carrera, fué agregado como capellan no sé á que castillo. Allí, no tenia ninguna responsabilidad. No tenia más que decir su misa todos los dias, y de su misa podia vivir ajustándose á ella.

—¿Pero era para vivir con estrechez para lo que se habia hecho sacerdote?

—Hijo mio, habia dicho el padre de Martin, ya tienes una posicion cómoda y que te permite vivir holgadamente. Date buena vida.

Pero, redondearse no era posible con el puesto de capellan; y Martin, hijo, se atenia mucho en seguir las instrucciones de su padre. Una plaza de vicario de aldea quedó vacante; la solicitó y la obtuvo.

La responsabilidad empezó para él: las almas le estaban confiadas. Le era preci-

so catequizar, predicar, confesar. Catequizó, predicó, confesó; pero en la responsabilidad pensó poco ó nada.

Hacia dos años que era vicario y no estaba muy contento. El trato de un vicario es delicado, y la casulla en la aldea es tan estrecha como el trato. Pero lo más considerable era el fastidio de ciertas privaciones. Pidió su traslado, y le nombraron vicario de una villa grande, lo que, aparte de la cuestion del cuidado de las almas, era un puesto más ventajoso.

Mas ventajoso, si, bajo un punto de vista; pero tambien más costoso. Allí, las relaciones eran ménos limitadas; los cofrades se visitaban; era necesario devolver los cumplimientos recibidos. En resumen: esto costaba mucho, y en condiciones semejantes, no es sin dificultad, como un vicario que se respeta, llega á conciliar los dos extremos. ¡Un párroco del campo, en hora buena! Su trato es otro, y su provecho tambien. Sin hablar de los regalos que se le puedan hacer cuando está bien visto por sus feligreses. Por derecho, el diezmo está suprimido; pero de hecho, en el campo, cuántas almas sin duda tendrían un placer de pagarle bajo mil for-

mas diversas: jamones, salchichas, morcillas, tortas, quesos, huevos, frutas y otras dulzuras, al pastor que supiera hacerse querer.

¿Y quién impediría al abate Martin hacerse querer como cualquier otro, si tenia un buen curato en un grande y rico lugar, así como varios de sus amigos? No hacia falta más que una ocasion y cogerla por los cabellos.

La ocasion se presentó y fué cogida; y el abate Martin llegó á ser párroco de un lugar grande y rico, y supo hacerse querer de sus feligreses, como hemos visto.

Tenia los carrillos rollizos y el vientre redondo, y dedicaba todos los dias un recuerdo de reconocimiento á la prevision de su padre, que le habia elegido una carrera tan cómoda, cuando, despues de veinte años de sacerdocio, la enfermedad y luego la muerte vinieron á poner término á sus acciones de gracias.

Se trasladaba al tribunal donde San Pedro debia de juzgarle, cuando apercibió un gran número de sus antiguas ovejas, que detenidas ante una inmensa puerta cerrada, gemian, lloraban, se lamentaban, esperando que viniesen á abrirlas.

—No me engaño, dijo el abate; hé ahí mis antiguos feligreses, Juan, José, Gil, German, Francisco, Magdalena, Cristina y otros ciento, que uno despues de otro hé enterrado con su pasaporte para el Paraiso, detenidos ante la puerta, á pesar de mi pasaporte y ocupados, bien seguro, en purgar sus culpas. Sin embargo, eran gentes muy honradas, me parece, y es preciso que diga una palabrita en su favor al buen Dios. Pero, ¿qué son esos sacos que tienen todos sobre la espalda, y que rótulo es ese elevado encima de la puerta, y que miran ellos con un aire tan desconsolado?

Por un movimiento de costumbre terrestre, buscaba sus anteojos para ver mejor, cuando un Angel, que hacia el oficio de ugier, á la puerta del tribunal divino, le dijo:

—Entrad, entrad, señor abate, San Pedro os espera y tiene prisa.

—Si, en efecto, dijo San Pedro; es preciso que vaya en seguida á abrir la puerta del Paraiso á esas buenas almas que, en un momento habian terminado su tiempo de purgatorio. Pero acabaré pronto con vos.

—Si, gracias á Dios, bienaventurado San Pedro, dijo el abate Martin, mi carga no es muy pesada, y podreis examinarme por los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sin temor de cogerme en falta.

—Lo reconozco, dijo San Pedro; vuestra conducta como hombre no ha sido reprehensible. Pero teniais los deberes de la carrera.

—Que he cumplido, gran Santo, dijo el abate, y exactamente, puedo decirlo; como hombre que, viviendo del altar, quisiera ganar el pan que comia.

—¿Lo creeis así, contestó San Pedro?

—Estoy seguro, respondió el abate. Así, para empezar mi breviario....

—Si, le habeis recitado regularmente.

—Mi misa....

—La habeis dicho todos los dias.

—Los domingos....

—Habeis celebrado los oficios y predicado; eso está inscripto.

—El catecismo....

—Le habeis dicho.

—¿Y la administracion de los sacramentos, bautismo, penitencia, comunión, matrimonio, extremauncion, los he des-

atendido nunca cuando las circunstancias lo exigian?

—No, dijo San Pedro, sin duda que no. Pero la exactitud sola no basta para hacer un buen sacerdote, como la disciplina sola para hacer un buen soldado. A un soldado le es preciso el valor, y á un sacerdote le es preciso el celo.

—¿El celo?... dijo el párroco Martin, como si hubiera preguntado. ¿Qué es eso?

—Si, el celo señor párroco, contestó San Pedro; si, el celo. El celo, por el cual se manifiesta la caridad que debe ser y que es el arma del sacerdote de Jesucristo. Sabriais perfectamente lo que yo comprendo por celo, si ántes de haberos alistado en la milicia sagrada, os hubiérais tomado el trabajo de informaros de las condiciones necesarias para llevar con dignidad el hábito; si despues de haberle vestido, hubiérais dirigido la vista á vuestro alrededor, á las filas de ese clero al cual teniais el honor de pertenecer, y cuya vida, no es siempre la vida fácil que habeis buscado, sino una vida de oración, de estudio, de trabajo, de abnegación y de sacrificios. Despues de haber invocado á Dios para conocer vuestra vo-

cacion, continuar implorándole para obtener la gracia de permanecer fiel; aplicarse sin cesar á comprender mejor todo lo que concierne á sus deberes, á fin de cumplirlos mejor; trabajar para su cumplimiento, sin desanimarse por los desfallecimientos y flaquezas de la naturaleza: tener solo presente una cosa, la salvacion de las almas; y para asegurar ese bien soberano, no hacer lo que uno solo y el menor de sus hermanos, estar pronto á sacrificar todo, aun su vida, he ahí lo que hace el Ministro del Dios de caridad. Pero vos, que eligiendo la sotana, habeis querido poner un traje cómodo, habeis faltado al celo, porque os faltaba la caridad.

—¿Pero en qué? San Pedro, preguntó el párroco, ¿quisiera saber en qué?

—¿En qué?... eso seria largo de contar. ¿En qué se conoce el amor y la caridad su hermana? En mil cuidados grandes ó pequeños, que vos no habeis conocido, porque, en vuestra paternidad espiritual, el amor y la caridad os faltaban. ¿Si vos no teniais alma de sacerdote, por qué tomar el hábito? ¿Para qué buscar cargos de conciencia bajo los cuales debiais sucumbir tarde ó temprano?

—Pero no he sucumbido, que yo sepa.

—Digo tarde ó temprano, contestó San Pedro. El peso que no habeis sostenido en el otro mundo, quizas le encontrareis demasiado pesado en este.

Diciendo esto, se dirigió hácia la puerta del Paraiso.

—¡Hola, dijo! Juan, José, Gil, German, Cristina, Magdalena y los demás, todos los que estais ahí esperando el momento de vuestra redencion, venid con vuestras cargas; aquí teneis á vuestro antiguo párroco que viene á descargaros.

Juan, José, Francisco, German, Gil, Magdalena, Cristina y los demás no se hicieron de rogar. Acudieron con una actividad como no se hubiera podido suponer en gentes tan abatidas, y sin muchas ceremonias, se desembarazaron de sus sacos y cargaron al abate Martin.

—Tomad, señor párroco, dijo German poniéndole en los brazos uno que debia pesar mucho; estos son los pecados que no hubiera en verdad cometido, si os hubiera visto tomar vuestro carácter de sacerdote más por lo sério. Pero tratábais tan á la ligera la cuestion de nuestra salvacion, que á fé mia, yo tam-

bien la he tratado muy ligeramente. Puesto que soy hombre honrado, me decía, que no mato, que no robo, ni hago esto ó aquello, que los mandamientos de Dios y de la Iglesia prohíben expresamente, puedo ir sin torcerme haciendo mi camino, y llegar al Paraiso tambien, como el señor párroco, que sabe mejor que yo lo que es preciso hacer, y no se apura mucho. Y de este modo, gracias á vuestro ejemplo y á mi buen razonamiento, he amontonado todas estas miserias, bajo las cuales me doblo aquí hace ya más de quince años. ¡Felizmente al fin os veo aquí!

Y German, descargado de su peso, dió un gran suspiro de alivio y se estiró como un hombre dichoso al entrar en plena posesion de sí mismo.

—Y este tambien, dijo Francisco, poniendo á su vez un gran saco sobre los brazos del abate Martin, ved aquí faltas que me hubiérais escusado, señor párroco, si en lugar de aprender de memoria en los libros, sermones tomados á la casualidad, hubiérais compuesto los vuestros expresamente para vuestros feligreses. Eso es lo que hubiera sido pre-

ciso hacer, á fin de apropiár vuestros consejos á vuestras verdaderas necesidades. Pero vos nos perorábais, en un lenguaje del cual no entendiamos los términos, discursos sobre asuntos de lo que ni yo ni los demás comprendiamos nada. Así es, que, durante vuestros sermones, los unos bostezaban, otros tosián, otros dormian, y yo me iba á pasear hasta que hubiéseis terminado. En verdad, no tenia razon, puesto que el buen Dios me ha castigado; pero la causa primera de mis pecados ha venido de vos, y os restituyo vuestro bien.

—Es mucha verdad, dijo Cristina, y despues de diez años que estoy consumiéndome por vuestra falta, es justo que me desembaraceis así tambien de este saco, señor párroco. Unicamente siento que sea tan pesado. Pero tambien, ¿por qué no nos habeis hecho comprender, á mí y á las que estaban en mi caso, que tratar de agradar á muchos, cuando no se puede querer más que á uno, es casi igual que si se robase á uno y se tratase de matar á los otros?

—Y puesto que se trata de matar, dijo Magdalena, hubiérais debido hacernos

comprender mejor que las heridas hechas con la lengua, son á veces mucho más mortíferas, que las heridas hechas con la mano. No hubiera llenado yo con mis calumnias el saco que veis aquí, señor párroco.

—Y explicarnos, dijo el especiero Juan, que mezclar nuestras especias para aumentar el volúmen y el peso con sustancias dañosas, era no solamente robar el dinero de los parroquianos, sino matarles poco á poco. No me creía mas que algo ladrón, como muchos de mi profesión, y era además un envenenador. Tomad, pues, ese saco, señor párroco; á vos es á quien le corresponde de derecho.

—Y éste, dijo una mujer, por haberme hecho perder la costumbre de frecuentar la Iglesia, á donde iba todos los dias tempranito en tiempo de vuestro antecesor, el cual, más exacto que vos, señor párroco, decía su misa á hora fija. Pero obligar á una madre de familia que tiene su casa, su marido y sus hijos en que pensar, á llevar un plantón durante media hora ó más delante de la puerta cerrada de la Iglesia, esperando que os conviniese salir de vuestras sábanas, esto no nos podía

convenir á mi y á las otras familias, y nos quedamos en nuestras casas. Lo peor es, que acabamos por perder el gusto de la Iglesia, y con el gusto de la Iglesia el de llenar con exactitud los deberes de nuestro estado.

—Y yo también, dijo un hombre, he perdido el gusto á la Iglesia, y siempre por culpa vuestra, señor párroco. Antes que, por desgracia mia, viniéseis á instalaros en nuestro pueblo, era (todos pueden decirlo aquí) constante á los oficios, á donde me atraía sobre todo, lo confieso, la pompa de las solemnidades. Sin duda, no tenía una devoción muy meritoria; pero sin embargo, servía para entretenerme los sentimientos religiosos y alejarme de los vicios. ¡Ay! ¡la Santa Iglesia ha comprendido bien, cuán necesario es hablar también á los sentidos! y vuestro antecesor, señor párroco, lo comprendía como la Santa Iglesia. ¡También era preciso ver como en todo tiempo, vuestra capillita estaba elegante y limpia! Siempre sobre el altar un mantel muy blanco y candeleros muy brillantes. ¡Y los dias de fiesta, qué hermosa estaba! ¡Si hubiera creído uno en el Paraíso! ¡tanto las sobre-

pellices blancas como la nieve, las ropas del altar, los ornamentos, los candeleros grandes de estaño cuidadosamente limpios, las flores, los cirios, la custodia de plata, brillaban con gran esplendor! ¡Tambien, qué gentío en la Iglesia! ¡Y cómo se quería dar para embellecerla! Pero en cuanto vos vinisteis, ¡qué cambio! ¡Nada más que lo estrictamente necesario, y aún!... Polvo por todas partes, ropas sucias, un mantel tan puerco en la mesa de la comunión, que daba miedo aproximarse los labios; horrorosos pávilos de cirios sucios amarillos sobre dos candeleros cojos, eso era para los días ordinarios. En las grandes fiestas poca cosa más. Los cirios ofrecidos por los fieles, en lugar de iluminar quedaban sin empleo en el fondo de un armario; los ornamentos buenos que un alma caritativa había regalado para realzar el esplendor de las solemnidades, las polillas los roían en la sacristía; en lugar de las nubes de incienso que se veían subir otras veces ante el Santísimo Sacramento, y donde se respiraba el buen olor con una especie de entusiasmo piadoso, no se veía, no se sentía ya nada; parecía que

teniais miedo de quemar un grano en honor del buen Dios. De ese modo vuestra triste Iglesia se encontró bien pronto desierta con gran provecho de los taberneros. Sin duda, he sido culpable por frecuentarlas tanto despreciando mis deberes. ¿Pero quién me ha incitado, sino vos? Desembarazadme, pues, señor párroco, de este enorme peso, que me incomoda horriblemente.

—Y del mio, dijo una mujer, por no haberme enseñado bien nuestros deberes para con nuestros maridos.

—Y del mio tambien, dijo su marido, por no habernos instruido mejor en nuestros deberes para con nuestras mujeres.

—Y del mio igualmente, dijo una mujer, por no haberme enseñado de qué manera los padres cristianos deben educar á sus hijos.

—Y de este, dijo un criado, por no haberme dicho hasta que punto debía á mi amo respeto, fidelidad y sacrificio.

—De este tambien, dijo el amo, por haberme dejado ignorar que debía tratar á mis servidores con bondad y justicia, como hijo de la casa.

—Os cedo del mismo modo este saco, dijo otro, este saco lleno de quejas que hubiérais podido cambiar en acciones de gracias, si durante mi larga enfermedad hubiérais tenido, señor párroco, la caridad de visitarme algunas veces, y recordarme cuán buenos son los sufrimientos, cuando se les une á los de Dios crucificado.

—Y el mio, dijo aún otro, pues si he hablado mal de los sacerdotes, es porque creía, bien injustamente, lo he conocido, que todos se parecían á vos, señor párroco, y hacían todos una comedia, comparando desde lo alto del púlpito al pobre con Nuestro Señor Jesucristo, y que cuando habíais descendido, no dirigíais miradas más que al rico. Cuando á causa de mi pobreza, os veía desviaros de mí, ¿qué podía pensar de vos? Que no creíais lo que decíais, ó que teníais muy poco respeto á Jesucristo.

—Y este tambien, dijo el último, tomadle señor párroco, este saco muy grande por mi desgracia y por mis desórdenes, muy grande por los sufrimientos y lamentaciones de mi mujer y de mis hijos, extraordinario por los escándalos

que he dado. ¿Pero de quién es la primer falta? ¿Cuando, faltando el pan en casa, por no tener trabajo, iba á buscar el olvido á la taberna, habeis, con una palabra buena, con un socorro momentáneo intentado darme valor? ¿Me habeis llamado por el buen camino? No, si la oveja extraviada no se ha perdido, á la misericordia de Dios se lo debe, pues vos no habeis sido buen pastor.

Bajo todos esos sacos, los unos mayores que los otros, que llovian sobre él como granizos, el abate Martin sudaba gruesas gotas y sentía vacilar sus piernas. Al último que se le echó sobre las espaldas, sus rodillas se le encorvaron, cayó y no pudo levantarse.

—Por último, amigos míos, dijo San Pedro, dirigiéndose á los pacientes libres, he ahí vuestro tiempo de penitencia terminado. Los que quieran entrar en el Paraiso que me sigan.

—Y, escoltado del tropel alegre que parecía tener alas ahora, se dirigió, teniendo en la mano su gruesa llave, hácia la puerta del Paraiso. El párroco Martin la vió abrirse y volverse á cerrar trás ellos.

Abrumado bajo el peso de sus sacos, de los cuales no podía desembarazarse, se arrastró como pudo sobre las rodillas y sobre sus manos, y despues de un trayecto que le pareció largo, muy largo, llegó por fin, jadeante y estenuado, á la bienaventurada puerta.

Llamó.

San Pedro entreabrió el postigo.

—¡Hola! sois vos, dijo. ¿Pues no habeis leído el rótulo?

—¿Qué rótulo? iba á preguntar el abate Martin.

Pero el postigo se habia cerrado.

Entónces recordó el pobre hombre, aquella especie de cartel que, algunos momentos ántes, sus feligreses miraban con un aire tan desconsolado.

Con mucho trabajo, llegó á levantar un poco la cabeza, y sobre la puerta del Paraíso, leyó en grandes letras, la inscripcion siguiente:

No se entra aqui con cargas.

El desgraciado párroco, dando un grito, cayó con el rostro en tierra y perma-

neció extendido, sin poder hacer el menor movimiento.

—¡Ay! se quejaba, ahogándose bajo los sacos, si almas caritativas, más celosas por mi salvacion que lo que yo he sido por mis ovejas, no me libran con su ruegos de estos horribles sacos, tengo para una eternidad.

Llamó.

San Pedro entreabrió el postigo.

—¡Hola! sois vos, dijo. ¿Pues no habeis leído el rótulo?

—¿Qué rótulo? iba á preguntar el abate Martin.

Pero el postigo se habia cerrado.

Entónces recordó el pobre hombre, aquella especie de cartel que, algunos momentos ántes, sus feligreses miraban con un aire tan desconsolado.

Con mucho trabajo, llegó á levantar un poco la cabeza, y sobre la puerta del Paraíso, leyó en grandes letras, la inscripcion siguiente:

No se entra aqui con cargas.

El desgraciado párroco, dando un grito, cayó con el rostro en tierra y perma-